



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Semblanza del historiador y el hombre

Autor: Ruiz Gaytán, Beatriz

Forma sugerida de citar: Ruiz, B. (1994). Semblanza del historiador y el hombre. *Cuadernos Americanos*, 3(45), 205-208.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VIII, núm. 45, (mayo - junio de 1994).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

SEMBLANZA DEL HISTORIADOR Y EL HOMBRE

Por *Beatriz RUIZ GAYTÁN*
CCYDEL, UNAM

QUÉ NO SE HA DICHO EN MÉXICO del exilio español de finales de la década de los treinta. Y mucho se seguirá diciendo, sin duda, de los intelectuales que llegaron a nuestro país y de lo que su presencia significó en la vida de éste; presencia que vigorizó las ciencias humanísticas y biológicas, las bellas artes, la técnica, la moda, la gastronomía, el teatro, el cinematógrafo, los toros, el deporte, la moderna y apabullante industria de la comunicación y muchas cosas más.

Y no es que fueran grandes multitudes las que llegaron, sino que eran seres en los que todavía campeaban —usado el verbo en la muy antigua acepción de tremolar banderas— los viejos valores del honor, la lealtad, el buen nombre, en una palabra: la derechura a plomo, pero no de plomo, sino de materia noblemente dúctil y flexible capaz de dar y recibir todo aquello que hace más enjundioso el vivir y el convivir. Por eso aquellos añorados del exilio calaron pronto y bien en el ambiente mexicano, lo asumieron, lo abrazaron, lo gozaron y lo sufrieron como cualquier buen ciudadano de este país, pero tal vez con más fuerza y entrega porque llevaba el añadido inevitable de una nostalgia de buena ley, una pena de buena entraña y un legítimo amor por la patria dejada. Carlos Bosch fue un acabado ejemplo de esto.

No por haber llegado muy joven dejó de vivir su recio catalanismo entre dolido y tierno, entre angustioso y alegre, entre charlatán y silencioso; del mismo modo intenso vivió su mexicanismo, dicharachero y burlón, engallado y solemne, cuando no tímido y oculto.

Carlos no ocultaba lo que sentía y pensaba; por eso, aunque ya no esté, si uno quiere encontrarlo puede hacerlo en sus libros y en sus pinturas. Si en alguna de sus obras nuestro amigo se descubre :

sí mismo es en ese pequeño tomo amarillo con un sugerente boceto marino en la portada y un título poético a más de histórico, porque el autor sabía también rastrear en la historia las emociones y los estados de ánimo.

*Sueño y ensueño de los conquistadores*¹ es en cierta forma una catarsis —segura estoy de que sin pretenderlo— anunciada suave y seriamente en el breve prólogo con que el propio doctor Bosch abre su libro.

Hay una lejana similitud en el destino de “esos hombres llenos de vida y de esperanzas que vinieron a América”² y Carlos, que vino por diferentes e inesperados motivos, pero igualmente joven, lleno de vida y de esperanzas, interrogantes esperanzas diría yo, porque, pensándolo bien, el atractivo de cualquier esperanza radica en que siempre es interrogante, pero siempre es también alentadora.

Aquellos muchachos emigrantes se adhirieron a empresas grandes o pequeñas antes jamás pensadas, y las cumplieron lo mismo los del siglo XVI que los del XX. “Impresiona reflexionar en el destino final de estos hombres”³ dice nuestro autor; muchos acabaron desterrados, perseguidos o se convirtieron “en pacientes candidatos a premios reales que nunca llegaron”.⁴

Brillante merecedor de reconocimientos académicos que llegaron, alguno después de vencer insulsas condiciones de forma, alguno más ciertamente tardío y otros que nunca llegaron; Carlos jamás, espontáneamente, sino incitado por interlocutores, colegas o alumnos, comentaba esto alguna vez y no con amargura, pero siempre con un cierto desencanto, o con una palabrota —eso sí— adecuadísima.

¿Director de... algo? Imposible, después de haber vivido, penado y trabajado en, por y para México tal cosa no podía ser porque... ¡era español! Y aquel mexicanísimo español seguía reparando con generosidad ejemplar su tiempo y sus saberes entre cuanto estudiante se acercaba a él en demanda de cualquiera orientación académica y hasta no académica si así se le requería.

Discretamente no entraba en asuntos de política nacional, pero sí en puntos de política universitaria. Poner en solfa su calidad de

¹ Carlos Bosch García, *Sueño y ensueño de los conquistadores*, México, UNAM, 1987.

² *Ibid.*, p. v.

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

mexicano no era de extrañar, pero dudar de su calidad de universitario le resultaba intolerable.

En su libro Bosch nos muestra la individualidad, la creatividad y la gran iniciativa personal de los conquistadores; él era también así, individualista, creador, innovador. En seres con talento y sensibilidad no es posible —y qué bueno— ni evadirse a lo que la tierra, el aire y la luz de un lugar determinado injertan en los que nacen en él, ni pasar de largo por los sitios en los que se vive. El maestro fue la concreción de un carácter en el que se encontraron: todo lo acumulado en la Marca Hispánica, en esa Cataluña peculiar y europeizada desde la época de Carlomagno; todo el épico horror del heroísmo anónimo que supuso en la guerra española de los treinta salvar, a lomo de los Pirineos, gentes que huían en busca de libertad; todo el colorido y la humedad aplastante pero fértil del istmo panameño, por el que también anduvo regalando ayuda; y por fin todo el haz de contradicciones que se ocultan en el fondo de lo mexicano, ante las cuales más de una vez se detuvo perplejo pero siempre con afán de discernir.

Nada de esto turbó el ánimo de Carlos, más bien le ayudó a desentrañar muchos problemas históricos de caletre en los que pocos incursionan tal vez porque no es común contar con el rico sedimento de experiencias y cultura que forman el tiempo y las circunstancias en las vidas extraordinarias.

En el libro que aquí hemos recordado se nos relata con lucidez y tranquilidad un hecho que ha metido en “camisa de once varas” a varios historiadores: el forcejeo entre los valores medievales del pueblo español y las novedades que oponía el mundo moderno; Bosch García padeció el caótico vivir de fuerzas enfrentadas pero supo decantarlas y encontrar lo que en ellas había de fecundo. Así el historiador reafirmó una bella idea que expone en sus páginas y de la que él mismo fue un testimonio, “el papel del español en la vida consiste en tener una misión que cumplir en ella”.⁵ Los que conocimos a Carlos sabemos que para él cada cosa, un examen, un dictamen, una clase, una asesoría, escribir un libro, dictar una conferencia magistral o corregir faltas de ortografía era una misión y la cumplía con creces, sin trampas y sin regateos. Indudable misión primordial para el transterrado ilustre fue la de ser buen mexicano, y la cumplió en su vida académica, en su profesión de historiador, en sus tareas de profesor, en su vida privada y en sus relaciones de

⁵ *Ibid.*, p. 124.

amistad; todo lo hizo sin traicionar ni su personalidad de origen ni su ser de adopción.

Le gustaban los retos, era un historiador distinto, sus temas elegidos nunca fueron facilones, por el contrario, eran temas complejos, grandes, universales.

Si algún joven aspirante a profesional de la historia me preguntara qué libro leer para aprender a escribir una historia tersa, compacta y concreta, de interés mexicano y universal, capaz de transmitir sin aspavientos la grandeza, el rigor, lo valioso y lo mezquino de la conquista de México, le recomendaría —aunque discrepe personalmente en algunos puntos— éste de los sueños y los ensueños, éste de la historia contradictoria de España y América, éste que cuenta cómo se rompió en los conquistadores el embeleso de la conquista y cómo fueron despertados violentamente para enterarse que su época había terminado.

Igualmente le sugeriría que para aprehender el ámbito mexicano, lugar de acción de los conquistadores, observara la pintura de Bosch, porque éste, hombre de habilidades varias, sabía despejar otras puertas de la percepción, ya que pintaba tal como historiaba. Así como se metía en los vericuetos del pasado se metía en la intimidad de lo que trasladaba al lienzo, y transmitía a quien supiera verlo el bello drama del paisaje mexicano: atmósfera, nubes, mar, calles pueblerinas que por no llevar a ningún lado, llevan a infinitas soledades; en lontananza manchas de casitas indefinidas en un valle abajo de la carretera, verdes que para asomar al cielo luchan con denuedo entre peñascos lisos, altos, secos.

La pintura de Carlos, como sus libros, enmarca grandes temas, aborda espacios sin límite y lleva sin duda la intención generosa de que otros vean y sepan.